

Artes plásticas en El Salvador

Lovey Argüello

En medio de la soledad de sus primeros siglos sobre la Tierra, el ser humano fue construyendo una pirámide de relaciones que ha ido profundizando y enriqueciendo a lo largo del tiempo, descubriendo en el arte una forma de expresión a medida que ahondaba en pensamientos más complejos y armónicos. Y así, cada civilización ha sabido formular sus puntos de vista en relación a la mitología, la filosofía, la política, la cultura, la religión; en fin, a todo su cúmulo de creencias que la ha singularizado, a través de la obra de sus artistas. Y, por otra parte, han sido los creadores los que han influido, a su vez, en la sociedad, pintando, fotografiando y esculpiendo los perfiles de tinieblas y de luces, dejando impresos sus anhelos, sus quebrantos, sus vacíos, sus ilusiones y sus ensueños, señalando aquello que es preciso cambiar, mejorar, abolir y edificar.

El grado de cultura que ha llegado a alcanzar El Salvador se puede descubrir ejerciendo una mirada consciente a la historia de sus artistas. Desde los primeros, de los cuales se tienen registros, hasta los más jóvenes, se comprende que todos ellos han trabajado guiados por un espíritu tesonero y eficaz, en un intento por permanecer fieles a sus ideales. Al querer dejar una huella de hondo contenido, algunos han partido buscando horizontes más allá de las fronteras patrias, pero llevándose siempre su más íntima esencia, sabedores que no es por verdades planas que se llega a la cumbre. Sus ojos han sido capaces de englobar el universo que los circundaba y así, aprendieron a mirar con su intuición, su sensibilidad, su corazón, su pensamiento. Lo que ha permanecido en su mirada, como espejo de un terruño amado, ha sido una naturaleza de profundos contrastes en su colorido; una luz que impacta por su brillantez, y cerros y volcanes encuadrando un paisaje tropical que desborda en un océano de impactante oleaje. Los hilos de nuestra historia han estado en continua tensión bajo un cielo abrasador, bajo un luminoso manto de estrellas que nos evidencia lo infinito. Veintiún mil kilómetros cuadrados aglutinan a gentes vitales, audaces,

cálidas, trabajadoras, de ideologías disímiles, pero con un arraigo muy grande a su tierra natal, que en ciertos meses del año quema por un sol abrasador y, en otros, inunda por su copiosa lluvia. Y así como las ondas del mar se deslizan hacia playas de arenas negras, las inquietudes de nuestros artistas han querido concordar las transparencias que ya poseían –en lo más profundo de su ser– con aquellas que han ido escudriñando por su sed siempre abierta y por su deseo de condensar el tiempo y el espacio.

Como introducción a este mosaico de múltiples gamas y materiales, se debe elaborar un corto bosquejo del período clásico precolombino que nos lega un conjunto de imágenes de influencia claramente maya, tolteca y azteca. Y es que la escultura precolombina obedece a una espiritualidad religiosa que nos revela la honesta necesidad de concretar los mitos y los dioses así como las relaciones entre los hombres y el cosmos. En breve, este arte tiene como idea central el tiempo, el eterno devenir; y como ideas secundarias: la concepción cosmogónica, el culto al agua y a la lluvia, y a la serpiente como divinidad y aliada de todos sus dioses.

Prosiguiendo con las improntas del tiempo, nos apoyamos en el período de la Colonia que dejó huellas afincadas en el clasicismo europeo. La pintura religiosa se hacía por encargo a través de las cofradías, y aunque se sabe que hubo artistas que trabajaron para nuestro país, la mayoría permanece en el anonimato. Y continuando este inicial trayecto, habría que incluir el período independiente que arroja diferencias sustanciales entre españoles, indios y mestizos. De la cultura mestiza surgió un arte popular, con pinturas sobre tela, madera, papel, estño y piel; y tallas en cera y madera, piedra y alabastro. El eje central lo constituyó la Iglesia, tanto en el arte popular como en el oficial; así, las artes plásticas estaban casi exclusivamente al servicio de la religión católica.

Los primeros capítulos de la creación pictórica en El Salvador los acapara, en el siglo XIX, Juan Francisco Wenceslao Cisneros, considerado como el primer pintor salvadoreño. De similar importancia son también Valero Lecha, Salarrué, Luis Alfredo Cáceres, José Mejía Vides, Zelig Lardé y Max Vollmberg, un visitante alemán. Ellos se abocaron al costumbrismo que se desarrolló paralelamente al proceso histórico, social y literario que se estaba dando en esa época, que sintetiza una verdadera necesidad por crear el panorama del vivir cotidiano en donde la cosmogonía jugó un papel de primer orden, diseñando

hojas de ruta para las generaciones posteriores. Su aporte es el primer abecedario artístico de nuestro país, y sus obras de arte se han convertido en la fotografía de los estados sensibles de su espiritualidad.

Por otra parte, la producción finisecular modernista la representan los maestros Pascasio González y Marcelino Carballo, cuyo rasgo hondamente romántico recuerda la influencia de raíces europeas. Se debe destacar, en este momento, la figura de Pascasio González, quien personifica la huella neoclásica por su formación académica y que, además de pintor, es un arquitecto que va a dedicarse a la proyección de iglesias y frescos religiosos, dejándonos alegorías de la mitología clásica. Otro personaje de grandes cualidades es Carlos Alberto Imery (1879-1949), que hizo estudios en Francia e Italia, y al regresar funda la Primera Academia de Dibujo y de Pintura que, más tarde, se convertirá en la Escuela Nacional de Artes Gráficas que dirigirá a lo largo de treinta años. Sobresale asimismo, Miguel Ortiz Villacorta que desarrolló el tema del retrato y del paisaje costumbrista, después de una larga estadía en México. Entre el costumbrismo y el paisaje van surgiendo lienzos de diáfanos y vibrantes contenidos, que resumen esa respuesta a la sed y al hambre de la esperanza. Así, nos acercamos a los grandes fundadores de la pintura moderna del siglo XX: Luis Alfredo Cáceres, Carlos Cañas, Camilo Minero, Mario Escobar, Luis Ángel Salinas, Armando Solís, Julio Hernández Alemán, entre otros. Una figura –Carlos Cañas (1924)– se aparta del resto y funda el Grupo de los Independientes, junto a Camilo Minero y Luis Ángel Salinas. Va a España con una beca y regresa con técnicas, incursionando en la abstracción para volcarse, años después, en la neofiguración.

Toda cantera tiene un hálito propio. En el perfil del horizonte se ve recia y firme, y es que ella sabe que, muy dentro de sus entrañas, es una vocación a punto de nacer a la luz. De sus colores se ocupa la tierra, ya que esconde una variedad aún más amplia que las tonalidades del arco iris y de las piedras que llora la montaña. Retomando el trazo escultórico, emergen Raúl y Héctor Mena, José Mejía Vides y el maestro Valentín Estrada, gran escultor, que enseña su acervo artístico y experiencias a los futuros dibujantes, muralistas y pintores que van a destacarse dentro la cultura nacional. A la lista se deben sumar Enrique Salaverría, así como Violeta Bonilla de Cevallos y su esposo Claudio, quienes erigen el Monumento a la Revolución, en los años cincuenta. Benjamín Saúl, de nacionalidad española, influye, en los años sesenta, en la escultura salvadoreña, conquistando espacios y enmar-

cando el tiempo en bronce, hierro, arcilla y piedra. Los escultores se sienten atraídos por las sinuosidades geográficas, extrayendo figuras y formas de efusivos realces. Algunos de los escultores más importantes son: Mauricio Jiménez Larios, Carlos Velis, Alberto Ríos Blanco, Rubén Martínez, Jorge Alberto Borja Ávila, Leonidas Ostorga.

Volviendo a la pintura –la rama que más artistas salvadoreños engloba– debemos detenernos en Salvador Salazar Arrué, más conocido como Salarrué (1899-1975), escritor, poeta de palabras y de imágenes. Su legado ha sido una guía para los que no temen adentrarse en las corrientes furtivas del alma y se mantienen en perenne cuestionamiento sobre las relaciones del hombre con el mundo, permitiendo que la condición humana se alce luego de remontar vacíos y desiertos.

Recordando las palabras de Ortega y Gasset en relación con el incesante devenir del ser humano, «una realidad in vía, un ser sustancialmente peregrino», debemos hacer un intento por marchar a su lado y asumir su cambio, su paso que va abriendo ventanas y tirando puertas para crear horizontes más acordes a sus necesidades y anhelos, allanando nuestros recintos sagrados y exponiéndonos a la evidencia de lo real que, en ciertas ocasiones, nos produce un profundo escalofrío y desaliento. Y así llegamos a la corriente denominada realismo costumbrista que incorpora a lo pictórico la realidad social. Atrás quedan el costumbrismo, el paisajismo y el misticismo para entrar – a velas desplegadas – a un mar de búsqueda y expresión de la identidad nacional.

El primer nombre que abarca esta época es el maestro Valero Lecha, pintor español, (1894-1974), fundador de la Academia de Dibujo y Pintura «Valero Lecha» en 1936, y que es absorbida por el Bachillerato en Artes, en los años sesenta. Su huella es de una importancia vital por sus enseñanzas que se abocaron al realismo español, traduciendo la belleza del paisaje nacional tropical, la fisonomía del mestizaje y aquellos elementos propios de nuestra cultura autóctona. Noé Canjura, Julia Díaz, Rosa Mena Valenzuela, Ernesto Avilés, Raúl Elas Reyes, Mario Araujo Rajo, Elisa Huevo Paredes, Miguel Ángel Orellana, Víctor Manuel Rodríguez Preza forman el retablo de sus alumnos más destacados. Merece especial mención Julia Díaz (1933-1987), que, más allá de su entrega artística, se dedica con ejemplar tenacidad a promover y difundir el desarrollo cultural del país, hasta culminar en la fundación del Museo Forma que, aunque tuvo una duración fugaz debido a un terremoto, dio la pauta para esfuerzos posteriores. No podemos dejar de lado al pintor Benjamín Cañas, el artista salvadoreño más

reconocido internacionalmente y que, con una técnica preciosista y cuidadosa, y con un dibujo muy sofisticado, trata la neofiguración utilizando todas las estrategias de su estilo particular arropado en el realismo mágico.

Bernardo y Augusto Crespín, Guillermo Huezo, Mauricio Mejía, Negra Álvarez y Licry Bicard siguen el hilo academicista. Sin embargo, fuera de ellos, pensaríamos que las apremiantes necesidades de expresión se constituyeron en insalvables abismos: nada más lejos de la realidad. Muchos aprendieron fuera de las fronteras patrias; otros, a golpe de pinceladas solitarias y nutrientes. De esta manera, ellos se han convertido en marcos de referencia obligados al hacer un recuento del palpitar de un país que estaba sumido en un conflicto arduo, prolongado, sangriento, que duró aproximadamente doce años: de 1980 a 1992. Y aunque hay relieves en el alma difíciles de trasladar a un lienzo o a un trozo de mármol o de barro, el empeño de estos artistas reflejó los estallidos de luz y de sombra en los cuales estábamos inmersos. Los pliegues de su creatividad se vieron tensados por sus inquietudes, trazando perspectivas que nos invitan a entrar en sus fértiles universos.

El Aleph, César Menéndez, Francisco Reyes, Héctor Hernández, Dinorah Preza, Mauricio Aguilar, Roberto Galicia, Ana María Martínez, Roberto Huezo, María Khan, Conchita Kuny Mena, Antonio Bonilla, Rafael Varela: pintores que continuaron tejiendo la brizna contrastante, sonora y esencial de nuestra historia, aunque cada uno ha sabido manifestar su íntima expresión que incluye destellos de la abstracción, de la figuración, del universo de los conceptos. Y de conceptos nos envuelve la generación más próxima. Aquí enlazamos con la corriente experimental que se desborda más allá de cualquier panorama establecido. Su lectura es tan ambigua como estimulante. Intimista, se traduce en un novedoso planteamiento configurando propuestas que se eslabonan al arte universal.

Entre los escultores se deben realzar los nombres de: Guillermo Perdomo, Verónica Vides, Patricia Salaverría, Miguel Martínez y Titi Escalante; pintores: Mayra Barraza, José David Herrera, Walterio Iraheeta, Rodolfo Molina, Ronald Morán, Hernán Reyes, Juan Carlos Rivas, Fernando Pleités, José Rodríguez, Orlando Cuadra, entre otros. Y no termina aquí la lista. Hay un grupo de jóvenes que está diseñando los rieles de su destino con un empeño que merece nuestra atención. La fotografía, el video y la instalación tienen representantes de primerísimo orden que se han apropiado del sentido del arte para darle una

imagen de ardiente caudal. Jorge Dalton, un cineasta de finísimas percepciones –reconocidas ya internacionalmente– ha hurgado en los contenidos psíquicos para plasmarlos en reveladoras y diáfanas transparencias. Y desde sus observatorios personales, comparten universos de fecunda travesía, en el arte de la instalación: José David Herrera, Natalia Domínguez y Simón Vega. La fotografía posee exponentes como: Ana Urquilla, Eduardo Chang (que también se dedica al video), Antonio Romero, Herberth Polío y Ricardo Quiteño. En este grupo de jóvenes creadores no podemos dejar a un lado a Alexia Miranda que se ha dedicado tanto al video como a la instalación, así como Rosario Moore. El empeño con que estos nuevos valores del arte salvadoreño se dedican a sus obras nos hace pensar que El Salvador ha sabido asumir las nutrientes corrientes de su historia, y que ahora está haciendo un vuelo que, a su vez, proyectará improntas de umbrales plenos.

Este conciso bosquejo de las artes plásticas en El Salvador, que abarca desde el periodo precolombino, de la Colonia, pasando por el clasicismo, costumbrismo, paisajismo, figuración, romanticismo, retrato, realismo costumbrista, modernismo, realismo social, surrealismo, expresionismo, abstracción y el arte conceptual, deja en claro que nuestros artistas se han colocado en el horizonte donde se hace imprescindible poder soportar la tensión de los opuestos y aprender a dialogar con la incertidumbre, la paradoja, la ambigüedad, la belleza, la diáfanidad. Ante el ondear constante de transformaciones políticas y sociales, su alba ha ido creando panoramas para identificar los rasgos de honda esencia que los estimularon particularmente en su devenir. Al tratar de penetrar en su obra, con una visión objetiva y transparente, nos da la impresión que han sabido apropiarse de los temas que tocaron sus fibras más receptivas, entregándose de lleno a su vocación, en un anhelo llamado a nuestra conciencia para revelarnos los matices más recónditos que han hecho de El Salvador –con todos sus desatinos y todos sus aciertos– un sitio único e irrepetible, estremecido por ráfagas de sol y de lluvia.